



A lo largo de la historia de la Iglesia han surgido numerosas herejías. Algunas negaban la divinidad de Cristo. Otras rechazaban la Trinidad. Algunas deformaban la doctrina sobre la gracia o los sacramentos. Sin embargo, pocas resultan tan llamativas como el **coliridianismo**, una desviación doctrinal que llevó a ciertos grupos a rendir a la Santísima Virgen María un culto propio de Dios.

Puede parecer una exageración o incluso una leyenda, pero los testimonios históricos indican que realmente existieron comunidades que llegaron a ofrecer sacrificios a María, tratándola prácticamente como una divinidad.

Paradójicamente, esta antigua herejía sigue siendo relevante en nuestros días. No porque existan grupos coliridianos organizados, sino porque plantea una cuestión fundamental para la vida espiritual: **¿cómo amar profundamente a la Virgen sin caer en errores doctrinales?**

La Iglesia Católica ha respondido a esta pregunta durante siglos, desarrollando una mariología sólida, equilibrada y profundamente bíblica.

Comprender el coliridianismo nos ayuda a apreciar mejor quién es María, cuál es su papel en la historia de la salvación y por qué la auténtica devoción mariana siempre conduce a Cristo y nunca lo sustituye.

¿Qué era el coliridianismo?

El nombre proviene de la palabra griega *kollýris*, que designaba una especie de torta o panecillo.

Los coliridianos eran grupos, principalmente formados por mujeres, que aparecieron en algunas regiones de Arabia y zonas cercanas durante los siglos IV y V.

Según las fuentes históricas, estas mujeres ofrecían pequeños panes o tortas a la Virgen María como acto de culto religioso.

No se trataba simplemente de una devoción popular exagerada.

Lo preocupante era que estas ofrendas parecían tener un carácter sacrificial reservado



únicamente a Dios.

En otras palabras, María comenzaba a ser tratada como una divinidad.

La principal fuente de información sobre esta herejía es San Epifanio de Salamina, quien la describió y refutó en su famosa obra *Panarion*, una extensa recopilación de herejías.

Epifanio observó que algunas mujeres organizaban ceremonias en honor de María, ofreciendo aquellas tortas rituales y atribuyéndole una veneración incompatible con la fe cristiana.

El contexto histórico: cuando el paganismo se mezclaba con el cristianismo

Para comprender el coliridianismo debemos situarnos en los primeros siglos de la Iglesia.

El cristianismo se estaba expandiendo rápidamente por territorios que durante siglos habían estado dominados por religiones paganas.

Muchas de esas culturas adoraban divinidades femeninas.

Entre ellas encontramos a:

- Isis
- Astarté
- Artemisa
- Cibeles

Cuando algunas personas se convertían al cristianismo, no siempre abandonaban inmediatamente todas sus categorías mentales paganas.

El corazón humano tiende a conservar costumbres antiguas.

Así, algunos comenzaron a transferir hacia María elementos propios del culto a las antiguas diosas.

María era vista como una figura maternal, pura y poderosa.



Sin una adecuada formación doctrinal, algunos terminaron elevándola al rango de divinidad.

Se trataba de un fenómeno de sincretismo religioso.

No era la enseñanza de la Iglesia.

Era una deformación de la fe.

La respuesta de la Iglesia

La Iglesia reaccionó con claridad.

La postura católica siempre ha sido doble:

1. María merece una veneración extraordinaria.
2. María no es Dios.

Estas dos afirmaciones deben mantenerse juntas.

Si negamos la primera, caemos en errores que minimizan el papel de la Madre de Dios.

Si negamos la segunda, terminamos en desviaciones como el coliridianismo.

San Epifanio escribió palabras contundentes:

«*Que María sea honrada, pero que sólo el Padre, el Hijo y el
Espíritu Santo sean adorados.*»

Esta frase resume perfectamente la doctrina católica.

María ocupa el lugar más alto entre todas las criaturas.

Pero sigue siendo una criatura.

Es la obra maestra de la gracia divina, no una diosa.



La diferencia entre adoración y veneración

Uno de los aspectos más importantes para entender este tema es la distinción clásica entre:

Latría

Es la adoración que pertenece únicamente a Dios.

Ninguna criatura puede recibir latría.

Ni los santos.

Ni los ángeles.

Ni siquiera la Virgen María.

Dulía

Es la veneración ofrecida a los santos.

Reconoce la obra de Dios en ellos.

Hiperdulía

Es la veneración singular reservada a María.

No es adoración.

No la convierte en divina.

Simplemente reconoce que ocupa un lugar único en la historia de la salvación.

Esta distinción fue desarrollada con gran precisión por la teología católica para evitar precisamente errores como el coliridianismo.



Lo que enseña la Biblia sobre María

La Escritura presenta a María con una dignidad extraordinaria.

El ángel Gabriel la saluda diciendo:

«*Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo*» (Lc 1,28).

También Santa Isabel exclama:

«*Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*» (Lc 1,42).

Y la propia Virgen profetiza:

«*Todas las generaciones me llamarán bienaventurada*» (Lc 1,48).

La Biblia, por tanto, enseña claramente que María debe ser honrada.

Sin embargo, en ningún lugar se la presenta como una diosa.

Ella misma declara:

«*Mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador*» (Lc 1,47).

Estas palabras son fundamentales.

María reconoce que necesita la salvación de Dios.

No es una divinidad.



Es la primera redimida por Cristo.

Es la criatura más perfecta.

Pero sigue siendo criatura.

El peligro espiritual detrás del coliridianismo

Aunque el coliridianismo desapareció hace muchos siglos, la tentación que lo originó sigue existiendo.

El ser humano tiene tendencia a los extremos.

Algunos minimizan a María.

Otros la exageran.

La auténtica espiritualidad católica evita ambos errores.

El amor verdadero nunca necesita deformar la verdad.

Amar profundamente a María no significa atribuirle lo que pertenece únicamente a Dios.

Al contrario.

Cuanto más comprendemos quién es María, más admiramos la grandeza de Dios que actuó en ella.

Toda auténtica devoción mariana es cristocéntrica.

María no retiene para sí la gloria.

La dirige hacia Cristo.

Sus últimas palabras registradas en el Evangelio son una guía permanente:



| *«Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5).*

Toda la misión de María consiste precisamente en eso.

Conducir las almas hacia Jesús.

¿Puede repetirse hoy el coliridianismo?

Formalmente, es muy raro.

La doctrina católica está claramente definida.

Sin embargo, pueden aparecer actitudes que recuerdan indirectamente aquel error.

Por ejemplo:

- Cuando alguien piensa que María actúa independientemente de Dios.
- Cuando se atribuye a María un poder separado del de Cristo.
- Cuando se olvida que toda gracia procede de Dios.
- Cuando la devoción se convierte en sentimentalismo sin fundamento doctrinal.

La Iglesia siempre ha insistido en mantener el equilibrio.

Los grandes santos marianos jamás cayeron en el coliridianismo.

Por el contrario, cuanto más amaban a María, más amaban a Cristo.

Podemos verlo en figuras como San Bernardo de Claraval, San Luis María Grignon de Montfort, San Maximiliano Kolbe o San Juan Pablo II.

Ninguno convirtió a María en una diosa.

Todos la contemplaron como el camino más seguro hacia Cristo.



La enseñanza pastoral para nuestro tiempo

Vivimos en una época marcada por la confusión doctrinal.

Muchos católicos conocen poco la fe que profesan.

Por ello resulta especialmente importante comprender la verdadera doctrina mariana.

Una sana devoción a María implica:

- Rezar el Rosario.
- Imitar sus virtudes.
- Acudir a su intercesión.
- Consagrarse a Jesús por medio de ella.
- Meditar los misterios de Cristo junto a su Madre.

Pero también implica recordar siempre que la adoración pertenece únicamente a Dios.

La Virgen nunca compite con Cristo.

Nunca ocupa su lugar.

Nunca disminuye su gloria.

Todo lo contrario.

María refleja la luz de Cristo como la luna refleja la luz del sol.

Su grandeza consiste precisamente en que todo en ella apunta hacia Dios.



María: la criatura más perfecta, no una diosa

El coliridianismo nos recuerda una verdad esencial: el amor auténtico necesita estar unido a la verdad.

La Iglesia Católica nunca ha tenido miedo de exaltar a María.

La proclama Madre de Dios, Siempre Virgen, Inmaculada Concepción y Reina del Cielo.

Pero al mismo tiempo afirma con absoluta claridad que María no es Dios.

No recibe adoración.

No forma parte de la Trinidad.

No es una divinidad femenina cristiana.

Es la humilde esclava del Señor que respondió:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38).

Precisamente por esa humildad, Dios la elevó por encima de todas las criaturas.

La historia del coliridianismo constituye una advertencia permanente para los católicos de todos los tiempos.

Nos enseña que la verdadera devoción mariana no consiste en exagerar la figura de María, sino en contemplarla tal como Dios la quiso: Madre del Salvador, modelo perfecto de discípula y camino seguro hacia Jesucristo.

Y cuando la contemplamos así, comprendemos que toda auténtica veneración mariana termina siempre donde ella misma señala con su mano: en el Corazón de Cristo, único Señor, único Salvador y único Dios digno de adoración.